

CLODOMIRO PICADO TWIGHT

Por Antonio Zelaya

(En el Rep. Amer. Algunas horas antes de irse de este mundo, vino Antonio a mi escritorio y me dejó estas cuartillas, con el ruego de que se las reprodujera. Cumpla la promesa).

Fué breve su tránsito por la tierra... Apenas cincuenta y siete años. Cincuenta y siete años de labor incesante, de pensar alto, de soledad y dolor. El placer para él no tuvo nunca un significado. Apenas si se reflejó en su sonrisa, en su eterna sonrisa que a veces tenía por heraldos la contracción levísima de los labios, o el rayo de luz, pequeñito y alegre, que brillaba en su mirada como remate de un pensamiento ágil, de una frase profunda, de un penetrante epigrama o de un finísimo chiste.

De él podría decirse como se ha dicho de Sócrates, que fué ejemplar inaccesible de superioridad moral e intelectual, en la más pura síntesis del hombre de ciencia y del ciudadano desprovisto de ambiciones, pero dispuesto a inmolarse con la protesta o el anatema en los labios, ante la presencia del Mal o de la Fuerza.

Su primer característica actitudinal consistió en su aislamiento. Como Miguel Angel "nunca anduvo mejor acompañado que cuando anduvo solo". Quizás por eso mismo pudo mantenerse distante y cristalino. Pero nunca sintió desprecio por la inferioridad del medio y alguna vez dijo: "No tengo la culpa de haber nacido en Lilibut; pero cuanto más débil y desvalido veo a mi pueblo, más le quiero, porque lo quiero con lástima".

En el mundo del pensamiento su poderosa personalidad se destacaba, como Aquil-

les, por su estatura. Tenía las virtudes geniales: tenacidad, probidad y sobriedad. Sufrió "con la corrupción del ambiente, con la explotación de su pueblo y con el mandarinato de las clases opresoras".

Hombre de espíritu, no creyó en la supervivencia del alma. Idealista, no se engañó nunca. Su mirada penetrante y fina, fué siempre directa y clara, como el haz luminoso de un reflector. Mas no fué un amargado, ni le alcanzó nunca la moral en derrota del resentido. Lo que a veces parecía amargura, en sus palabras recogidas por los periodistas, no era sino el sabor amargo de la verdad. Supo proclamar, sin aspavientos y sin ambages, sus convicciones, sus ideas originales, sus análisis, a veces crueles. Pero se mantuvo siempre distante del pecado de pedantería. No fué nunca inflexible, ni jamás se proclamó juez de los demás hombres, a los que siempre se mantuvo unido por el lazo del dolor. Podía odiarlos cuando los veía henchirse de codicia o poderío; despreciaba infinitamente al jactancioso; era enemigo irreconciliable de los opresores; se reía de los pedantes. Amó a los humildes, a los infelices y a los abatidos; pero no a los descasados. La ironía servíale en múltiples ocasiones de arma para herir; pero era también el bálsamo con que curaba las heridas que infería. Fué suyo ese don tan raro: una perpetua capacidad para sentir indignación. Sufría, en veces con verdadera impaciencia, otras con acritud, y en no pocas oportunidades, con lástima —nunca en resignación— el mal de la época, el bajo clima patrio, la ineptitud de los hombres de las últimas generaciones que ostentaban señales de cansancio y cuya incapacidad para resolver cualquier problema importante no es obstáculo para que ocupen las altas posiciones del Gobierno, de la enseñanza y de la economía. Su pensamiento amasado en soledad, era un producto de laboratorio, redestilado, quintaesenciado; tal vez un cultivo en serie, en el cual los gérmenes no eran gérmenes patógenos, sino ideas adultas, anticuerpos, agentes de la salud del espíritu. Pero al propio tiempo nadie desconfió más de su propia palabra, nadie dudó más de lo que hacía, porque no conoció ni la vanidad, ni la falsa sapiencia del engréido. En cierta ocasión dijo: "No creo que Dios descansara en el sétimo día; estoy seguro de que le entró una gran desconfianza de lo que había hecho; y dudó si era cosa buena".



Clodomiro Picado Twight.

Fué, a su manera, un político. Pero no un político de multitudes. Un político que no quería adeptos; que en vez de prometer, apostrofaba; que huía del tono oratorio; que no aceptaba alianzas ni se preocupó nunca por sus partidarios. Su política consistió en mantener una lucha perenne, sin tregua ni cuartel, contra el filisteísmo, contra la incomprensión, contra un pasado muerto, ayer aciago y presente inócuo. Su perspicacia le hacía ver, como por una segunda vista, los males que de lo externo y de lo interno amenazaban la nacionalidad. La soledad le enseñó que, como dijo Bovio, "algo se muda en la moral, como mudan las religiones, la economía, las le-

ANTONIO ZELAYA

(En el Rep. Amer).



Antonio Zelaya Castillo.

*Fuiste como un gran árbol de tronco recto
[y duro
en cuya fronda había tempestades de viento
o trinos en el alba de melodioso acento
o luciérnagas de oro que ardían en lo oscuro.*

*En ti descargó el rayo sus fuerzas al conjuro
de los dioses adversos; pero en ningún
[momento
te doblegó... Tenías, contra el afán
[violento,
entre las hojas siempre algún fruto maduro.*

*Si fuiste en tu destino la rama que fustiga,
calladamente diste también la sombra amiga.
(tu fronda en vida tuvo forma de corazón).*

*Por eso, hacia el incierto misterio, ya par-
[tido,
dejas como en el bosque el árbol que ha
[caído,
un gran silencio de oro que cuaja en luz
[el sol.*

Manuel Segura

Costa Rica, Junio de 1945.